

Brígida von Mentz

“Oficios en el medio rural novohispano.
Una aproximación”

p. 41-70

Los oficios en las sociedades indianas

Felipe Castro Gutiérrez e Isabel M. Povea Moreno (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2020

373 p.

Figuras

(Serie Novohispana 128)

ISBN 978-607-30-3381-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de octubre de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/714/oficios_sociedades.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



OFICIOS EN EL MEDIO RURAL NOVOHISPANO UNA APROXIMACIÓN

BRÍGIDA VON MENTZ

Introducción

Asuntos tan vastos como “los oficios rurales” en un territorio inmenso como lo era el reino de la Nueva España durante los siglos coloniales parecen imposibles de poder ser abordados de manera general por los historiadores. Sin embargo, el tema es fascinante para quienes nos interesa el trabajo, sobre todo entendiéndolo como la compleja articulación de los seres humanos con el ambiente natural que los rodea y con su grupo, colectividad y sociedad, es decir, con la cultura que les fue transmitida, la que se manifiesta en la manera de subsistir, de pensar y nombrar la flora y fauna, de elaborar herramientas, de aprovechar los recursos minerales, de transmitir habilidades y saberes, de crear utensilios funcionales y artísticos a la vez.

Por lo general los oficios —que aquí se definen como prácticas laborales especializadas— han recibido atención por parte de la historiografía dedicada a la época novohispana, sobre todo a partir de las agrupaciones corporativas y de las organizaciones gremiales ciudadanas, ya que fue en las urbes donde se concentraba y se organizaba corporativamente la mayoría de los trabajadores especializados de tiempo completo que proveían a los habitantes y satisfacían sus requerimientos. Pero en el reino de la Nueva España 90% de la población vivía en el medio rural y, sin embargo, las manufacturas que se elaboraban —y se elaboran hoy en día— a partir de fibras vegetales, maderas, resinas, arcillas, han sido escasamente estudiadas; eso añade también gran interés al tema.

Pero, ¿cómo abordar un tema fascinante y, a la vez, tan vasto e imposible de aprehender? Propongo dos vías. La primera es

intentar mostrar la gran variedad de oficios a través de listados de especializaciones ejercidas en el campo novohispano y, la segunda, observar con mayor detalle algunos ejemplos concretos, como botón de muestra. Trataremos solamente dos oficios de los cuales encontramos evidencias específicas.

En la primera sección del trabajo se mencionarán algunos oficios altamente especializados relacionados en el campo con las empresas más complejas, lo mismo que oficios de la “gente menuda”, pueblerina —que, en ocasiones, llegaron a formar una especialización regional—. Aunque en este trabajo no se puede realizar su análisis, las listas se presentan para invitar a futuros estudiosos a profundizar en alguno de esos oficios y a que incorporen en sus investigaciones el estudio de productos de escaso valor económico, considerados despectivamente en las fuentes como “menudencias”; éstas eran, no obstante, de gran importancia cotidiana para la vida de millones de familias que, por ejemplo, usaban canastos, petates, *chiquihuites*, tejidos de palma, de ixtle, de tule, metates, molcajetes, loza, aventadores, rajas de ocote, resinas, carbón, leña, pieles curtidadas, entre muchos otros. En la segunda y tercera sección de este ensayo se miran con más cuidado dos oficios rurales: la elaboración de vasijas decoradas de guajes o jícaras y la recolección de miel de abeja americana, ahora en proceso de extinción. Con ello se pretende mostrar mínimamente una especialidad manufacturera que ha perdurado a través del tiempo hasta la fecha, como lo es el oficio del jicarero. Gracias a que aún existe esa tradición, podemos valernos tanto de etnografía moderna como de documentación histórica para estudiarla. También se pretende mencionar un oficio que prácticamente se ha extinguido: el trabajo del *cuauhnecuauque* que recolectaba la miel “silvestre”, un endulzante que en el siglo XVI se consumía de manera amplia en el medio indígena y que hoy en día está prácticamente en proceso de desaparición junto con los bosques de encino y las mismas abejas americanas sin aguijón. Se trata de un endulzante nativo que fue desplazado de manera vertiginosa del medio rural por el de la caña de azúcar, importada por los europeos en el siglo XVI. Así, estos dos ejemplos nos permitirán también observar la continuidad y el cambio en la historia de México.

El mundo del trabajo¹ rural en contraste con el urbano

Después de la caída de la capital mexicana, se introdujo la tradición urbana del Mediterráneo y de los centros medievales europeos en la Nueva España. Pronto la ciudad de México-Tenochtitlan se conformó en un importante centro español de comercio y producción; aparecieron los oficios relacionados con la producción de alimentos, la manufactura del vestido a la usanza española, de muebles, herramientas y demás productos relacionados con el consumo y la vida cotidiana de los conquistadores y colonos; los artesanos indígenas de Tenochtitlan con antiguos oficios prehispánicos aprendieron nuevas prácticas y adaptaron sus saberes a las nuevas circunstancias.

En las urbes novohispanas, que se fundaron años después, se organizó de manera similar el abasto manufacturero de tradición europea y con ello aparecieron las ordenanzas que reglamentaban los trabajos artesanales ya que, como muestran numerosos estudios sobre los oficios, correspondía a las villas y ciudades ordenar el abasto de la población y a los cabildos reglamentar la vida de los artesanos organizados en gremios.²

¹ El concepto de trabajo se entiende aquí de manera amplia; merece mayor discusión, al igual que la descripción de diversos procesos laborales complejos, según las habilidades físicas y corporales o los requerimientos escolares, preparación y entrenamientos teóricos involucrados. Dicha discusión es importante para distinguir entre las concepciones y jerarquías aristotélicas y estamentales medievales, por un lado, y, por el otro, nuestras nociones analíticas, cuando intentamos comprender y explicar sociedades del pasado con nuestro lenguaje.

² A pesar del predominio en las residencias españolas de las costumbres de tradición europea, en los espacios domésticos donde trabajaban los esclavos y sirvientes prevalecieron las del contexto indígena y se mantuvieron así hasta el siglo XX. *Vid.* Rebeca Rebeca López Mora, "Entre dos mundos. Los indios de los barrios de la Ciudad de México. 1550-1600", en *Los indios y las ciudades de Nueva España*, Felipe Castro Gutiérrez (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, p. 57-77; Teresa Rojas Rabiela, Elsa Leticia Rea López, Constantino Medina Lima, *Vidas y bienes olvidados. Testamentos indígenas novohispanos*, v. 1, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1999, p. 116-118, 136-146, 268.

Hay que insistir: la sociedad novohispana fue predominantemente rural. La mayoría de la población vivía en el campo y se dedicaba a producir y consumir conforme a sus tradiciones, parcialmente adaptadas a las novedades introducidas por los europeos; eran campesinos viviendo en miles de estancias, rancherías y aldeas pequeñas —jurídicamente “pueblos de indios” con su cabildo—. Si además de lograr su subsistencia cultivando sus tierras, se dedicaban a producir algunas manufacturas, esto sucedía sobre todo después de la cosecha, así lo veremos con mayor detalle al analizar a los oficios de *jicareros* y *cuauhnecuauque*. Eran en la mayoría de los casos “artesanos de tiempo *parcial*”.

En los numerosos pueblos de indios y pequeñas rancherías desparramadas por el agro novohispano el consumo seguía siendo, en cierta medida, de tradición mesoamericana en muchos aspectos: las casas eran de bajareque (otates) o adobes y techadas con paja o tejamaniles; se dormía sobre esteras (petates) o hamacas y se usaba la cestería habitual; en cada unidad doméstica se molía el maíz en metate y se atizaba el fuego de manera tradicional; la loza era, igualmente, la acostumbrada y los líquidos se tomaban en jícaras. En gran medida, el transporte se realizaba con mecapal ceñido a la cabeza del *tlameme*. Incluso la vestimenta femenina siguió siendo el enredo y el huipil elaborado en la unidad doméstica, al igual que la ropa de algodón de los varones. Esta, sin embargo, sí sufrió cambios y debían usar desde 1532 calzón —zaragüelles— y camisa.

Pero en numerosas zonas rurales los moradores de los pueblos y rancherías lograban un ingreso adicional contratándose temporalmente en alguna de las múltiples empresas establecidas desde los primeros años posteriores a la conquista. De manera forzada o voluntaria acudían al trabajo temporal en algunas haciendas agroganaderas, minas, obrajes, molinos, ingenios azucareros. Además, si había villas o ciudades cercanas a sus pueblos, aprovechaban los mercados para la venta de algunos productos manufacturados, así como para abastecerlos de carbón, leña y otros recursos. Por ejemplo, se decía en 1569 de los moradores de los pueblos de Nochtepec y Pilcaya: “...y por estar cerca de las

minas de Taxco e Zacualpa tienen por granjería de vender carbón e leña e zacate y madera”.³ Pero dada la profunda desigualdad económica y social, los moradores de esas zonas entraban a esos mercados urbanos monetizados sobre todo para vender, no para comprar. Así, predominaba el cultivo de maíz para la autosubsistencia familiar e, igualmente, el trueque entre productores rurales, como revelan las informaciones parroquiales o fiscales elaboradas en distintas épocas.

Una idea de la diversidad de oficios de los moradores del campo lo proporciona un censo muy detallado de la década de 1560, que muestra los distintos trabajos especializados que realizaban los pobladores indígenas de la provincia de Huejotzingo, Puebla. En el cuadro 1 se presentan esos datos para mostrar tal diversidad, así como los recursos naturales transformados. Algunos oficios pronto perdieron importancia económica, mientras que otros, como los recogedores de miel (*cuauhnecuauque*) o los tejedores de fibras, perduraron a lo largo del periodo colonial como veremos más adelante.

Véase en el cuadro 1 cómo ya para esas décadas (1560 y las siguientes) se empleaban indígenas en las estancias españolas en nuevos oficios “asalariados” como vaqueros y gañanes, los llamados *quaquauhtlaxque* (jornaleros que cuidaban “animales cornudos”). Por ello debemos aludir brevemente a la relevancia de las empresas agrícolas, ganaderas, azucareras o textiles en el medio rural novohispano y sus trabajadores.

³ *Descripción del Arzobispado de México, hecha en 1570 y otros documentos*, editor Luis García Pimentel, México, José Joaquín Terrazas e Hijos, Impresores, 1897, p. 122-123. Sobre el importante abasto de carbón y otros productos a las urbes *vid.* Laura G. Gómez Santana, “Un bosque para una ciudad. Demanda comercial y conflictos por el uso de propiedad de los bosques en la región de Guadalajara, siglo XVIII”, en *Indígenas y comercio en la Nueva España del siglo XVIII (Ixmiquilpan, Guadalajara, Huasteca potosina, Tehuantepec, Tulancingo, Tlaxcala)*, Antonio Escobar Ohmstede, V. Gayol, L. Gómez Santana, L. Machuca Gallegos, D. Navarrete Gómez, V. Ramírez Calva, México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2012, p. 143-171; López Mora, “Entre dos mundos...”; Felipe Castro Gutiérrez, *Historia social de la Real Casa de Moneda de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, p. 141, entre muchos otros.



Cuadro 1
ALGUNOS OFICIOS EN EL MEDIO RURAL
ÉPOCA ANTERIOR A 1570

<i>Materia prima</i>	<i>Nombre de actividad</i>	<i>Traducción/descripción</i>	<i>Observaciones</i>
Vegetales, su cultivo o recolección	Cultivo de maíz, vegetales, alegría, chíca para aceite, magueyes, etcétera	En las visitas e informes (1550-1585) se mencionan “labradores”	El oficio más mencionado en fuentes del siglo XVI en el medio rural es el de “labradores”
Madera, productos forestales	<i>Tlaxinque, cuauhxinque, ocotlapanque, ocotzotlazque, cuauhnequanque</i>	Carpinteros, aserradores, rajadores de ocotes, recolectores de resina, recolectores de miel, y de cera nativa	En la colonia, en las costas la breca era indispensable para los navíos. La abeja <i>melipona</i> tuvo importancia económica. Se menciona mucho la miel en fuentes
Vegetales de fibras duras o fibras suaves, fibras de origen animal	<i>Chiquiuhchiuhque, petlachiuhque, silla-chiuhque, otlachichiuhque, amahuiteque, tzauhque, sedatzauhque, xicalchiuhque</i>	Tejedores de cestos, tejedores de esteras, tejedores/silleros , trabajadores del otate, batidores de papel. Hilanderos, hilanderos de seda , jicareros	Fundamental importancia del ixtle en época prehispánica. Temprana introducción de muebles y vestimenta europeos. Hiladores y tejedores de seda y lana alteran tradiciones de género. Antes sólo las mujeres tejían textiles
Productos de mar o ríos, productos de cacería, pieles	<i>Michanque michimani tlatlame amantecatl quetzalhuaque zolanque,</i>	Pescadores, pescadores “atrapadores”, cazadores, artesano de la pluma, también de pluma de quetzal,	Se pierde poco a poco el uso de la pluma, antes tan importante. Impacto de ganadería europea, antes abundaban trabajos de pieles de venado y otros animales



	<i>tlamalique, caczocque, cacchiuhque,</i>	cazadores de codornices, ‘pegadores’ de sandalias, fabricantes de sandalias	Zapatero, nuevo oficio. También ‘gañán’, ‘asalariado’
	Zapaterosme, cuacuauhtlaxque	Zapateros, gañán-vaquero	
Colorantes, lacas, aceites, tierras	<i>Tlapaleque, sedatzauhque</i>	Teñidores, hilanderos de seda	Temprana introducción de la seda
Metal	<i>Tepozpitzque</i>	Soplador, fundidor, orfebre	Probablemente fundidor de cobre
Roca, piedra, arcillas	<i>Texinque, tetzotzonque, tetlapanque, tenextlatique, zoquichiuhque, conchiuhque, tezcachiuhque</i>	Talladores de piedra, picapedreros, canteros, caleros, alfareros, talladores (espejos de obsidiana)	Las artes lapidarias fueron fundamentales en el México antiguo Uso generalizado de obsidiana se pierde ante la presencia del hierro. Importancia ritual de los espejos de obsidiana
Ritual	<i>Xochichyque, huaque/ xochichiuhque, xochimanque, acayechiuhque, cuicanime, tlapitzque</i>	Florista, florista de flores secas, otros varios, fabricante de cañas de tabaco, amanuense, cantores flautistas	Viejos saberes persisten, otros se adaptan a las nuevas exigencias rituales, a la escritura en graffías latinas, a nuevos instrumentos y a la música europea, etc. El ritual cristiano tiene nuevos requerimientos

FUENTE: Elaboración propia, la mayoría de datos de Huejotzingo, de Herrera y Thouvenot, “Tributarios en la escritura indígena de la Matrícula de Huejotzinco”, *Dimensión Antropológica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, v. 65, 2015. Nótese, resaltado en negritas, la adaptación a nuevos productos españoles (sillas, zapatos, seda, ganado).

La introducción de ganado había alterado la vida y la economía en el medio rural mesoamericano de manera revolucionaria, al igual que la introducción del cultivo de trigo, los molinos de harina, las labores especializadas en estancias y haciendas agroganaderas, las fábricas textiles —los obrajes—, las minas y haciendas de beneficio, los ingenios azucareros, para sólo mencionar algunas empresas. Surgieron, así, dos mundos de trabajo especializado rural: el de las negociaciones protoindustriales y el de los pueblos de indios.

Los numerosos y muy diversos trabajadores en esas empresas que llamaría de “industrialización colonial” fueron tanto esclavos de origen africano como trabajadores libres, españoles, indígenas, mestizos o mulatos. Podía variar mucho su número como lo muestra la historiografía que da cuenta de los operarios, sus saberes, especializaciones y jerarquías. En el cuadro 2 se observan, ordenados de manera jerárquica y de manera resumida, los oficios de algunos trabajadores en obrajes, ingenios de azúcar, minas y haciendas de beneficio. Se mencionan estas empresas y sus operarios porque los campesinos-artesanos que más adelante analizaremos con detalle, en ocasiones entraban a trabajar —sobre todo como “peones” o “gañanes”— en ese tipo de centros de trabajo.

Las industrias transformadoras requerían en gran medida del agua para el lavado de los insumos o productos y, sobre todo, para aprovechar la fuerza hidráulica para su maquinaria. Los grandes especialistas que la instalaban y reparaban eran los carpinteros. Hay que subrayar la importancia de este oficio en esta época de industrialización colonial, pues la especialización clave para la construcción de maquinaria y vehículos —por ejemplo, los bergantines y navíos mencionados en este libro al hablarse sobre los hombres del mar— fue la de los artesanos de la madera. Recuérdese que al final de la guerra contra el imperio mexicano, la toma de Tenochtitlan en agosto de 1521 fue una batalla *naval*. Los carpinteros también construían carretas, norias, malacates para las minas, techumbres de grandes naves fabriles y las mencionadas ruedas hidráulicas, fundamentales para los numerosos batanes, ingenios de azúcar y haciendas de beneficio de metales que funcionaban en el medio rural novohispano.

Sin poder profundizar en las empresas o “haciendas”, hay que mencionar que cuando eran grandes con frecuencia eran relativamente autosuficientes y elaboraban muchos productos que se requerían en sus propias instalaciones: costales de cuero para transportar minerales o botas para el agua que se extraía de las minas, velas de sebo, los porrones o “formas” donde cristalizaba la miel de caña de azúcar, herramientas, entre muchos otros productos. Cuando eran pequeñas los adquirían de poblados vecinos y rancherías de proveedores menores que elaboraban esos bienes. Así los requerimientos de empresas proto-industriales impulsaron la formación de regiones dedicadas a determinada producción, aparte de las ya especializadas por tradición histórica milenaria. Esos impulsos se dieron, por ejemplo, en la producción de sal por la industria minera, la curtiduría, la producción de lazos y reatas de fibras vegetales, la alfarería y “formas” industriales, la producción de velas, de canastos, costales y demás embalajes.

Aunque se han mencionado las empresas protoindustriales, cuya producción se dirigía a centros comerciales urbanos o externos, para mostrar las alternativas laborales que, en algunos casos podían tener los más modestos moradores del campo novohispano, en realidad gran parte de la población (indígena y mestiza) vivía, ante la inmensidad del territorio, en zonas muy aisladas. Tales eran, por ejemplo, las sierras de las Huastecas, del norte de Puebla o, en el sur, las montañosas regiones mixtecas o zapotecas, y las del actual estado de Guerrero (Tlapa, Iguala); al septentrión, las sierras de la Nueva Vizcaya (Durango, Sonora y Chihuahua). De ahí que, por necesidad, predominara la autosubsistencia, aunque siempre se celebraban tianguis en los pueblos mayores y hubo comerciantes “viandantes” indígenas, mestizos o mulatos que abastecían a esos moradores del agro con sal, algodón, herramientas de hierro, jarcia. Ellos a su vez dependían de los comerciantes mayoristas españoles de las grandes ciudades.

El intenso comercio novohispano requería de una compleja organización del transporte y de un cuidadoso embalaje de las mercancías. En la época prehispánica, las manufacturas elaboradas



Cuadro 2
ALGUNOS OFICIOS EN EMPRESAS NOVOHISPANAS

<i>Minería</i>	<i>Producción de azúcar blanca</i>	<i>Manufactura de textiles</i>
TRABAJO CALIFICADO CON RESPONSABILIDADES MAYORES	TRABAJO CALIFICADO CON RESPONSABILIDADES MAYORES	TRABAJO CALIFICADO CON RESPONSABILIDADES MAYORES
Minero mayor, director minero/barretero	Administrador	Administrador
Cuñero	Caporal	Escribano/amanuense
Barrenador	Guarda caña	
Maestro azoguero	Purgador	
Fundidor	Maestro de azúcar	
Ademador/carpintero	Guarda melado	
Herrero	Carpintero	
	Herrero	
TRABAJO CALIFICADO	TRABAJO CALIFICADO	TRABAJO CALIFICADO
Ayudante de barretero	Ayudante de purgador	Tejedor
Barretero/aprendiz	Calderero	Tintorero
Malacatero	Tachero	Emprimador
Oficial de herrero	Melador	Cardador
Oficial de carpintero	Oficial de herrero	Perchero
	Oficial de carpintero	Urdidor
	Alfarero de 'formas' para el azúcar	



TRABAJO SEMICALIFICADO

Tenatero

Cajonero

Contra-cajonero

Pepenador/pepenadora

Quebrador

Molendera/cocinero

TRABAJO SEMICALIFICADO

Capitán de carros

Capitán de gañanes

Metedor del trapiche

Hornallero

Ayudante de formero

Molendera/cocinera

TRABAJO SEMICALIFICADO

Hilador/hiladora

Canillero

Emborrador

Ayudante de tejedor

Ayudante de tintorero

Molendera/cocinera

TRABAJO AUXILIAR

Repasadores

Peones

Boyeros

Muchachos

Niños

TRABAJO AUXILIAR

Sembradores

Gañanes y peones

Regadores

Carreteros

Muchachos pastores

Muchachos recogedores de caña

Niños y niñas sembradores

Niños y niñas recogedores de caña

TRABAJO AUXILIAR

Sirvientes

Niños y niñas que unen cabos sueltos

FUENTE: Brígida von Mentz, *Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España*, Porrúa, México, 1999, p. 257.

con vegetales como petates, canastos tejidos de vegetales de todo tipo, jícaras y mecates se usaban para transportar cacao, maíz, frijol, chalchihuites, o para atar plumas, como se consigna en los códices *Matrícula de Tributos* y *Mendocino*. En la época colonial se siguieron usando parcialmente esos embalajes, además de otros nuevos, que provenían del sector ganadero que proporcionaba cueros en cantidades notables; por ejemplo, sabemos de estudios sobre haciendas del altiplano que los cueros de oveja cosidos con hilo de ixtle (maguey o pita) se usaban para transportar el sebo, los cueros de cerdos y cabras para el pulque, los sacos de vaqueta para otras mercaderías voluminosas. Para el transporte de cereales se utilizaban los costales (“maiceros”, de ixtle), además de *tompiales* de palma, y petates burdos para frijol, chile y lana cruda. Los petates, se dice, se sujetaban, cubriendo las cargas sobre las mulas, con mecates, cintas de palma o correas de cuero.⁴ Así podemos observar que numerosos productos de manufactura rural y pueblerina de tradición mesoamericana —como los mencionados en Huejotzingo en el siglo XVI— llegaron a ser fundamentales para los arrieros durante el periodo colonial; ya que, combinados con los de tradición ganadera europea funcionaban como embalajes y para protección de mercaderías en los largos y tortuosos viajes de los transportistas novohispanos.

La población rural dependía de los recursos naturales de su entorno. Así, por ejemplo, las fibras para tejer el ixtle se producían en zonas cálidas y semidesérticas donde abundan magueyales y la sal provenía de ciertos esteros costeros o de manantiales de agua salobre. En cambio, la miel de la abeja *melipona* se daba sobre todo en bosques de encinos, mientras que el cultivo de guajes o calabazos para vasijas era especialidad de tierras cálidas. Acerquémonos ahora a esos trabajadores especializados en la producción de jícaras pintadas y a los recolectores de miel.

⁴ Clara Elena Suárez Argüello, *Camino real y carrera larga. La arriería en la Nueva España durante el siglo XVIII*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997, p. 64.

Los jícareros

En el México antiguo las jícaras eran los recipientes de uso cotidiano más comunes y ricamente decoradas, conformaban la “vajilla” de los señores. Esto siguió siendo así en el periodo colonial, pues la producción de jícaras o “vasos de calabaza” en los pueblos era abundante como muestra la documentación del siglo XVI; encontramos menciones explícitas de producción de jícaras sobre todo en la vertiente del Pacífico, en la actual Costa Chica de Guerrero, por ejemplo en Cuauhtepec en 1550, donde se informaba que la población se mantenía de “pesquerías, sal y jícaras”, además de que tributaban oro en polvo. En otra información adicional se cuantificaba su producción al decirse que daban “cada 80 días oro y 60 jícaras” además de “pescado y de comer al calpique”.⁵ Resaltan los recipientes decorados con diferentes diseños de los pueblos de Tierra Caliente de Michoacán, así como de Cuauhnahuac y Oaxtepec, del antiguo Tlaxco y Tepecuacuilco, especialmente en las orillas de los ríos Amacuzac y Balsas.

En el medio rural se usaban calabazos como recipientes e incluso como medidas. Por ejemplo, se empleaban jícaras para contener polvo de oro, tierras colorantes y otros productos. En testamentos de la elite indígena se mencionaban tales jícaras o tecomates pintados, como en 1572, cuando Augustín Aiaquica de Ocotelulco, Tlaxcala, disponía que dejaba cinco jícaras tecomates a sus hijos (*macuiltetl xicaltecomatl niquinomaquilia no pilhuan*), o María Mussiel de San Sebastián mandaba en 1583 que dejaba siete jícaras a sus hijas, o Angelina Martina, pochteca de Tlatelolco quien explicaba en su testamento que tenía 22 jícaras casi nuevas y se las dejaba a su nieta Juana.⁶ Incluso se

⁵ *Suma de visitas de los pueblos por orden alfabético. Manuscrito 2.800 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Anónimo de la mitad del siglo XVI*, en *Papeles de Nueva España*, publicados por Francisco del Paso y Troncoso, Segunda Serie Geografía y Estadística, t. I, Madrid, Establecimiento Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1905, p. 240, 479.

⁶ Rojas Rabiela *et al.*, *Vidas y bienes...*, v. 1, p. 321; Luis Reyes García, Eustaquio Celestino Solís, Armando Valencia Ríos, Constantino Medina Lima, Gregorio Guerrero Díaz, *Documentos nauas de la Ciudad de México, siglo XVI*,

usaban jícaras en los procesos productivos de empresas rurales mineras en pleno siglo XVIII. Así, cuando el propietario minero Joseph de la Borda explicaba en un informe de 1753 al rey el proceso de amalgamación de la plata en su empresa, explicaba cómo para “las tentaduras” que hacían los azogueros usaban “unas medianas jícaras de palo embarnizadas de azul o encarnado” tomando “cuatro onzas a media libra de lodo y echado en dicha jícara se deslíe en agua, y volándoles la mayor parte de las jales o arenita del metal, quedan en su fondo las otras arenitas más pesadas... y es la pinta y lo más rico del metal...”⁷

También se utilizaban calabazos para atravesar los innumerables ríos y resolver el problema del transporte: como se insinuó antes, los costos y las dificultades de transporte representaron un severo problema económico en la Nueva España. La inmensidad del territorio, su compleja orografía y la gran cantidad de ríos que había que cruzar ofrecían obstáculos serios; para atravesarlos se requerían balsas que generalmente usaban grandes calabazos huecos como “flotadores”. Así, en todas las regiones, eran imprescindibles estos frutos de plantas rastreras, hoy llamados “guajes” de manera generalizada. El uso de la palabra “balsas” para designar los guajes se ha mantenido hasta la fecha.

Las jícaras de aproximadamente 15 cm eran recipientes imprescindibles en el campo. Se usaban para beber atole, agua, pulque o cacao, o para comer mole.⁸ Las pequeñas se usaban

México, Archivo General de la Nación/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, p. 177, 194.

⁷ Citado en Brígida von Mentz, *Señoríos indígenas y reales de minas en el norte de Guerrero y comarcas vecinas. Etnicidad, minería y comercio. Temas de historia económica y social, del Periodo Clásico al siglo XVIII*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Juan Pablos Editores, 2017, p. 527.

⁸ En la época prehispánica se tributaban a Tenochtitlan jícaras en grandes cantidades y con diferentes diseños, según muestran los códices del siglo XVI, *vid.*, por ejemplo, *Matrícula de Tributos, Museo Nacional de Antropología e Historia, México, códice 35-52*, F. Berdan y J. Durand (eds.), Akademische Druck und Verlagsanstalt, Graz, Austria, 1980, lámina 4, 5, 19, 23. En Tancítaro, Michoacán, se afirmaba en 1580 que las mujeres pintaban las jícaras y que en épocas anteriores pagaban con ellas su tributo. *Vid.* Elinore M. Barret, *La cuen-*

para hilar, apoyando en su interior el huso o astil que giraba con la fibra, e incluso los difuntos requerían de una pequeña jícara para “remojar el tamal en chile” en su viaje al inframundo, como relataba un indígena en 1570 en Epazoyuca. Explicaba que los muertos debían recibir alimentos y describía una ofrenda de unos tamalitos, una jicarita y ciertas insignias colocadas para dos personas recién fallecidas.⁹

La manufactura de las jícaras decoradas era compleja e involucraba numerosos pasos, lo que sabemos gracias a que no se ha perdido del todo este oficio, como han escudriñado y registrado distintos antropólogos, pues la tradición de pintar los guajes sigue viva en distintos lugares del país.¹⁰ En zonas cálidas el lugar de trabajo y taller de los productores de “vasos de calabaza” ricamente decoradas era y sigue siendo hoy en día predominantemente el patio de las casas. Se obtenían los frutos con una cáscara muy dura de una planta que se sembraba, de preferencia, en tierra de hormigueros, durante el mes de mayo, al mismo tiempo que se plantaba el maíz de temporal que aseguraría la sobrevivencia de la familia. Las características de las tierras de los hormigueros eran especialmente benéficas para su desarrollo, pues los frutos resultaban más resistentes y duros. La planta utilizada para elaborar las jícaras pintadas era sobre todo la *Lagenaria siceraria* (Mol.) Standl. Cucurbitaceae.¹¹ Esa planta

ca del Tepalcaatepec. Su colonización y tenencia de la tierra, México, Secretaría de Educación Pública, 1975, p. 28.

⁹ Se mencionan estas prácticas a raíz de un descubrimiento de ciertas “idolatrías” que realizaba en 1570 un indígena, padre que había perdido sus dos hijos, en la zona de Epazoyuca. Archivo General de la Nación, *Bienes Nacionales*, v. 497, exp. 30 [sin número de fojas].

¹⁰ Gerardo Sámano Díaz, *Efraín Martínez, El Jicarero. Historia de vida de un personaje legendario. Artista popular, gestor del municipio Gral. Canuto A. Neri y cronista local*, Chilpancingo, Guerrero, Secretaría de Asuntos Indígenas, 2008; Efraín Martínez Zuloaga, y Una Canger, *El trabajo de jícaras en Acapetlahuaya*, Copenhague, Dinamarca, Frederiksberg Bogtrykkeri A/S, 2015.

¹¹ Bárbara Torres, “Las plantas útiles en el México antiguo según las fuentes del siglo XVI”, en *Historia de la agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*, Teresa Rojas Rabiela, William T. Sanders (eds.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, v. 1, p. 53-128, 122. *Vid.* también fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1956,

rastrera con flores blancas y frutos con cáscara dura, conocida como “guaje”, también se aprovechaba, como se ha mencionado, para las balsas para navegar o para cruzar los ríos y cuando eran calabazos alargados como sifones para extraer el aguamiel de los magueyes pulqueros.¹²

El primer paso de la elaboración de jícaras decoradas era cosechar los frutos en noviembre y partir los frutos por la mitad, seleccionar las semillas para la siguiente siembra y remojar en un arroyo cercano las mitades durante veinte días y veinte noches. Esas cien o doscientas mitades se tapaban con ramas y se pudría así el “tripaje”, mismo que entonces se raspaba hasta quedar las mitades de guajes sin tripa y se secaban al sol durante varios días.¹³ El segundo paso consistía en recortar la orilla y emparejarla con un fierro con filo o machete —antiguamente es probable que con una navaja de obsidiana— y se cortaban todas las venas eliminando cualquier aspereza en el interior del medio fruto. Con piedras de *tezontle* se lijaba y se bruñía luego la parte del interior que se iba a decorar usando un tepetate amarillo especial. Este se buscaba en los alrededores en unas “minas” de *tecozahuítl* y se cuidaba que no fuera arenoso, sino grasoso. La abundancia de este tipo de tierra de gran relevancia económica en la zona del río Balsas incluso llegó a nombrar un importante asentamiento Tlalcozautitlan.¹⁴

lib. 10, cap. 21. En la actualidad un jicarero explicaba que sembraba “en los hormigueros, para que la jícara saliera dura. En otros lugares [de la misma región de Acapetlahuaya, Guerrero] la siembran en los barbechos, como la calabaza. La jícara del hormiguero crece más y la de barbecho es chiquita y delgadona y la siembran en estos días del mes de mayo” en Sámano, *Efraín...*, p. 54.

¹² Torres, “Las plantas...”, p. 99. En la zona del norte del estado de Guerrero cercana al río Mezcala-Balsas hoy en día se sigue nombrando el fruto “balsas”. Sámano, *Efraín...*, p. 36-39 y Martínez y Canger, *El trabajo...*, p. 7. La artesanía de pintado y rayado sobre pintura de los frutos de *Cescentia* y *Lagenaria* se ha conservado en Olinalá, Guerrero y en Uruapan Michoacán, y la de rayado directo en Tabasco y en Pinotepa de Don Luis. No nos referiremos a esas múltiples diferentes maneras de aprovechar estos frutos de cáscara dura.

¹³ Martínez y Canger, *El trabajo...*, p. 13.

¹⁴ *Ibid.*, p. 20-21. El *tlalcozahuítl* o *tecozahuítl* (tierra o piedra amarilla) era muy apreciado en época prehispánica para decorar manufacturas, pero también

El artesano requería de manera imprescindible la ayuda de una mujer, quien se encargaba de preparar los insumos que precisaba el jicarero. Ella molía en su metate el *tecozauhtli*, la piedra o tierra amarilla, hasta lograr un finísimo polvo, necesario para pulir y dar color a las jícaras. Además del polvo amarillo se requería de aceite de chía para el cual también era necesario el apoyo de la mujer, pues las semillas de la chía, previamente doradas, tenían que molerse en el metate, hasta obtener una masa. La chía se producía en grandes cantidades desde época prehispánica; en la zona de Tixtla, hoy Guerrero, en 1580, un observador la describía como “un granito a manera de mostaza, más menudo, que los naturales beben que se llama chian... del cual suelen sacar aceite para dar lustre a las pinturas y obras que hacen”.¹⁵

Un día después, se amasaba una vez más la chía molida y se exprimía durante unas tres horas el aceite de la masa, mismo que se guardaba. La masa que sobraba, y que aún tenía algo de aceite, la utilizaba el artesano con un poco de agua para aplicar el polvo del *tecozauhtli*. Untaba así con esa masa el polvo amarillo al interior de la jícara y le daba una alisada con la mano, logrando una capa impermeable y lisa a su interior. Ese proceso se repetía tres veces, bruñendo además con una piedra de pulir y tallando con los dedos hasta lograr tres polveadas. Al día siguiente se daba el toque final a este laborioso proceso con una piedra blanca, también molida, que mezclada con poco de color rojo bermellón proporcionaba la capa base, pulida, sobre la cual se aplicarían las figuras pintadas.

El tercer paso consistía en pintar el interior de la jícara con unos pinceles de cola de venado con los colores rojo grana —sobre todo para las flores—, verde para los “bejuquitos”, azul, blanco, amarillo para las figuras que llevaría cada jícara. Esta fase culminaba, desde épocas remotas, pintando la orilla de la jícara

para el cuidado personal. Así las mujeres otomíes, según relata Sahagún, usaban ese betún —o sea el polvo amarillo— para pintarse la cara y sobre de ello se coloreaban con pintura roja. Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1956, lib. 3.

¹⁵ “Relación geográfica de Tistla y Muchitlan”, *Relaciones geográficas de México, siglo XVI*, René Acuña (ed.), Tlaxcala, v. 2, p. 273.

de color rojo, costumbre que se ha mantenido en la zona de los ríos Mezcala-Balsas, Sultepec, Amacuzac que es a la que corresponde esta descripción.¹⁶

El cuarto y último paso era fijar los colores y dar un efecto brillante y reluciente a las jícaras mediante la aplicación de pegamento y del aceite de chía. Para ello había que cocer el aceite de chía que se había obtenido en los días anteriores y aplicarlo sobre la jícara. Ese trabajo era complicado e iniciaba en la madrugada, cociendo el aceite en un trasto de barro —evitando accidentes— y, aplicándolo, una vez enfriado, con los dedos a todas las jícaras. Las jícaras pintadas se habían tendido en camas de otate de tal forma que el sol ya las había calentado, lo que era importante. De esta manera, en la mañana y al medio día, se aplicaba ahora el aceite al rayo del sol y se colocaban hacia abajo para poderlas tocar y mover en la tarde. Ese proceso se repetía por varios días hasta terminar todas las jícaras, pero era fundamental que en ese lapso no lloviera ni les cayera ni una gota de agua. Incluso pensaban algunos que la presencia de otras personas podía perjudicar la producción, se podía “cortar” el aceite cocido o podía pasar otro tipo de accidente.¹⁷

Si bien esta descripción del proceso productivo de jícaras decoradas se refiere a un caso concreto, podemos inferir que de manera semejante ocurría en muchos lugares de la Nueva España. La diversidad de modalidades en la fabricación de jícaras puede haber sido enorme. Por ejemplo, la venta de las jícaras puede haberla realizado el propio artesano en mercados rurales cercanos, o haberlas vendido a intermediarios. De igual modo

¹⁶ En los códices aparecen con esa decoración de orilla de color rojo las jícaras que se tributaban a México-Tenochtitlan. Sobre los colores rojo de cochinilla o axiote, ocre de cinabrio, amarillo de vegetales (o minerales como el *tecozahuítl*), azul de la planta de añil, etcétera; *vid.* *Artesanos, artesanías y arte popular en México. Una historia ilustrada*, Victoria Novelo (comp.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2007, p. 56.

¹⁷ En el año de 2007, un jicarero explicaba al entrevistador que “el aceite es muy delicado. Si una gente viene y ve que estoy cociendo el aceite le pueden hacer ojo. Todos mis amigos me decían lo mismo, se debe tener cuidado, se debe cocer en la madrugada. Si una gente viene y lo ve, ya se cortó”, Sámano, *Efraín...*, p. 50.

moradores del medio rural cálido quizá solamente plantaban los guajes y los vendían, o los daban “a medias” a otros artesanos, o a cambio de otros productos, y se dedicaban a otras actividades productivas, pero no a pintar jícaras. Es decir, ocurría, como en numerosos oficios, que muchos de los recursos necesarios para ejercer su especialidad requerían de otros procesos de trabajo de transformación ocurridos previamente y realizados por otros productores.

Lo que cabe subrayar en este caso es que el lugar de trabajo, el “taller” del artesano rural era su jacal, su patio, el entorno más amplio, con un arroyo, con otates y ramas, con hormigueros específicos, con “mina” de piedra amarilla y con requerimientos de chía para el aceite. También necesitaba de instrumentos cortantes, pinturas, colas de venado y debía contar también con el apoyo de una mujer molendera. Además, y eso será probablemente un rasgo generalizable a muchos de los oficios en el medio rural indígena novohispano, se ejercía el oficio en combinación con la agricultura de subsistencia y aprovechando la calidez del sol y la época de secas en noviembre, temporada posterior a la cosecha del maíz necesario para la sobrevivencia de la familia.

Recolectores de miel de abeja melipona

La compleja geografía de la Nueva España, sus cordilleras e innumerables sierras y caudalosos ríos, así como la gran diversidad de altitudes y climas han permitido la existencia de una variedad impresionante de flora y fauna. Expresión de ello es la presencia de múltiples insectos y abejas, no sorprende que las fuentes históricas reporten una gran producción de miel de abeja sin agujón en el medio rural.¹⁸ Sin embargo, los europeos —que traían un endulzante de tradición árabe, la caña de azúcar— no

¹⁸ En América no existió el género *Apis* conocido en Europa que se diversificó en varias razas, en cambio sí existió en Mesoamérica y existe aún en México el género *Melipona*. Se conoce, sobre todo, la especie *Melipona beecheii Bennett*, porque se siguió explotando en la península de Yucatán durante el periodo colonial y hasta nuestros días.

le prestaron atención y así fueron los pobladores rurales, generalmente indígenas, los que en el periodo colonial se dedicaron a la cultura de la abeja nativa, como lo habían hecho ya desde siglos, quizás milenios, atrás. La información del trabajo de recolección de estos especialistas es escasa, aunque sobre el producto mismo, la miel, es abundante, por lo que iniciamos describiendo dónde se producía miel en el siglo XVI.

Desde la época prehispánica, la miel de la abeja americana se recolectaba de manera sistemática en numerosos lugares de Mesoamérica y todavía hay registros de esta producción en los informes que han llegado a nosotros del siglo XVI.¹⁹ En el “Informe del Arzobispado” de mediados de ese siglo, por ejemplo, se menciona la entrega de mantas, maíz y miel del pueblo de Huacana en Michoacán. En la zona de la costa del Pacífico, en Zacatula, diversos poblados junto al mar tributaban numerosos cántaros de miel —Zihuatanejo, Camutla y Guaytlan, éstos últimos “pueblos de tierra seca y doblada”—. Pero, igualmente, también los pueblos que estaban en “sierras ásperas”, como se expresaban los españoles, como Paxalo, Chacala, Atlán, Zoytlan, Mexcaloacan, Pantla, Tecomatlan y Cibtla, que pagaban miel de tributo, este último pueblo incluso 60 jarritos de miel.²⁰

En otros lugares, como en el río Amacuzac y el Mezcala-Balsas, tributaban miel los moradores de Atenango del Río, Mizquitlan, y la amplia zona de Tetela del Río. En este último caso diez jarros cada 80 días. En la región actualmente llamada “La Montaña” de Guerrero, sorprende la gran cantidad de miel y cera que se tributaba, tanto por los pueblos de Olinalá —“60 jarritos de miel”—, Atlistaca, Totomistlahuaca, Cuitlapa, Chipetlan, Citlaltomagua, Ychcatempa, como los de Tenango y Tlapa-Tlachinola.

¹⁹ En los registros fiscales mexicas, como el códice *Mendocino* y la *Matrícula de Tributos*. Museo Nacional de Antropología e Historia, México, cod. 35-52, F. Berdan y J. Durand (eds.), Akademische Druck und Verlagsanstalt, Graz, Austria, 1980, se mencionan cántaros de miel que se tributaba a Tenochtitlan desde las zonas de Quiauhteopan, Tlacoauhuitlan, Tepequacuico, Tlachco, Hueyepochtlan y Axocopan. Para mayores detalles, *vid.* Von Mentz, *Señoríos...*, p. 51 y s.

²⁰ “Relación de los pueblos que visitó Gaspar Suarez”, en *Suma de visitas...*, p. 788.

En esta última cabecera “tres cargas de miel y cinco jarros, y tres cargas de cera en pellas”.²¹

De manera general hay evidencias de una gran producción de miel y de cera de abeja a lo largo de la costa del océano Pacífico desde Jalisco-Colima —Chametla tributa “24 calabazos” de miel— hasta Oaxaca. En esta zona se producía miel tanto del lado del Pacífico —Zacatepec, Ixcatoyac y otros pueblos vecinos de Tututepec— como del Golfo.²² De los chinantecos, se informa que “pescan en los ríos, crían colmenas [...] todo lo cual venden”.²³

Esta información de mediados de siglo XVI sobre la abundante producción de miel se confirma en tiempos posteriores, cuando, después de las graves epidemias de 1575/1576, se vuelven a elaborar por mandato de Felipe II los detallados informes de los pueblos novohispanos que hoy se conocen como “Relaciones Geográficas”. En el caso de Coatlán de “Zapotecos”, en la sierra de Oaxaca, descrita como “de caminos muy ásperos”, se dice: “es tierra de mucha miel, que se cría en los montes y en la concavidad de los árboles y colgados dellos hacen unos panales tan grandes como una botija de arroba [11.5 kg], y de aquella hechura es [la miel], y es muy linda y muy blanca. Y tiene poco precio en el pueblo por la mucha que hay y por la poca que se vende y desto pagan su tributo”.²⁴ Esto se evidenciaba ya, años antes, en una visita que se hace al poblado de Zumpango —en la sierra del actual estado de Guerrero, cercano a la capital Chilpancingo— de donde se dice que “hay miel [...] de abejas más pequeñas [...] los cuerpos en que están, son de encina y de otros árboles”.²⁵

En un vocabulario de lengua mexicana de 1611 rico en expresiones en náhuatl del medio rural novohispano se menciona el término *necuhtli* para referirse a la “miel de abeja” y se distingue de la de maguey así como de la de caña de azúcar.²⁶

²¹ *Suma de visitas...*, p. 675, 725.

²² *Ibid.*, p. 174, 98, 304.

²³ “Relación geográfica de Oaxaca”, t. 1, p. 99 y s.

²⁴ *Ibid.*, t. 1, p. 87.

²⁵ *Suma de visitas...*, p. 237.

²⁶ Pedro de Arenas, *Vocabulario manual de las lenguas castellana y mexicana*, edición facsimilar de la publicada por Henrico Martínez en la Ciudad de

La manera como operaban los recolectores de miel puede enriquecerse con las descripciones del siglo XX de un testigo ocular, el etnólogo Paul Henrichs. Éste reportaba en 1941 que se recogía miel en los montes de la sierra guerrerense como actividad complementaria a la agricultura —desde Tetela del Río a orillas del Mezcala-Balsas hasta Arcelia y más al norte en pueblos como Ixcatepec, Totoltepec, Tlanipantlan y San Miguelito Xochitepec—. Decía que además de recogerse en los bosques, también se transportaban los enjambres en los troncos a las casas donde se colocaban bajo los techos y se cosechaba una o dos veces al año medio o hasta un litro de miel. Explicaba que

el trabajador lleva el panal a su casa y lo ‘castra’ ahí a su debido tiempo, teniendo cuidado de no destruir el enjambre. Se utilizan dos tipos de abejas: la ‘bermeja’ muy pequeña, del tamaño de una mosca común, velluda y negra, y la ‘colmena real’, algo mayor de tamaño aproximado de una mosca zumbadora y que tiene el tórax y el abdomen de color amarillo vivo. Ambas se aprovechan de troncos y ramas para hacer sus panales.²⁷

Por lo general se trocaba o vendía la miel en los mercados pueblerinos en jarritos o en calabazos (en Colima). Como se lee en las fuentes, la situación comercial variaba, pues era bajo el precio donde había escasa población y demanda, en cambio era más alto en poblados cercanos a reales de minas como Zacualpa y Taxco. En 1569 se apuntaba de los moradores de Nochtepec y Pilcaya que “tienen algunas colmenas, los que participan de monte, y venden la miel a dos tomines el cuartillo, de que son aprovechados”.²⁸ Al referirse concretamente a los indios de Zacualpa se dice que “tienen miel blanca [...] y cogen en cantidad”. Es decir, en contraste con el bajo precio de la miel en la sierra zapoteca de Coatlán, en este otro lugar redituaba el trabajo del recogedor.

México, 1611, estudio introductorio de Ascensión H. de León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 16.

²⁷ P. R. Hendrichs, “El cultivo de abejas indígenas en el estado de Guerrero”, en *El México Antiguo*, t. V, n. 11, diciembre, México, [s. e.], 1941, p. 365-373.

²⁸ *Descripción del Arzobispado...*, p. 137.

Vemos así que durante el siglo XVI y probablemente a lo largo del periodo colonial en centenares de poblados rurales novohispanos el oficio de recolector de miel estaba muy difundido y, sin duda, se combinaba con otras tareas y trabajos de recolección forestal, o con la cacería, así como con la agricultura.²⁹ Sin embargo, la deforestación ocurrida cerca de centros mineros y ciudades acabó con el hábitat de la abeja *melipona*; simultáneamente, la caña de azúcar sustituyó lentamente los endulzantes tradicionales, entre los que fungía la miel blanca de esta abeja.

Reflexiones finales

En este ensayo se intentó proporcionar una visión a la vez general y particular de los oficios rurales novohispanos. La lista de algunos como los de Huejotzingo (cuadro 1), nos sirvió como muestra para considerar de manera más amplia la gran variedad de oficios que practicaba la “gente menuda”, aprovechando su entorno forestal, mineral o semidesértico en el siglo XVI. Por otro lado, la breve mención de los oficios especializados y su jerarquía en tres tipos de empresas protoindustriales (cuadro 2) ayuda a considerar la variedad y complejidad del mundo del trabajo en el medio rural novohispano, siempre en constante transformación según los avatares demográficos, económicos y sociales regionales.

Además, los dos estudios de caso permitieron observar que todo oficio, por más que enfatice en sus prácticas individuales y especializadas, debe articularse necesariamente con su entorno social. Depende tanto de su tradición cultural —de los saberes que le han sido transmitidos, herramientas que se han consolidado como las más útiles, habilidades que le enseñaron las generaciones anteriores— como también de su entorno social que le provee de insumos y bienes, a partir de otras especialidades,

²⁹ La meliponicultura estuvo sumamente extendida entre los mayas y es precisamente en la península de Yucatán donde aún se puede observar; pero el estudio de esa zona rebasa el objetivo de este trabajo.

que requiere: los cántaros o calabazos que necesita el recogedor de miel, la pintura, la chía, las tierras amarillas que utiliza el jicarero, entre otros.

La propuesta más general consiste en señalar que conocer la producción en el medio rural es fundamental para *apreciar el comercio interno de un amplio porcentaje de la población rural*. Esa producción era fruto del trabajo de muchos oficios distintos, muchos de ellos de tradición prehispánica, pero que era despreciada y denominada sólo como “menudencias” en las fuentes. Gracias a ellas podían sobrevivir amplios sectores sociales que las intercambiaban por aquello necesario en todo modesto jacal, o en toda ranchería o pequeña aldea: alimentos, enseres domésticos, ropa; también productos minerales y de fibras vegetales, de cueros, es decir, metates, molcajetes, costales, canastos, petates, teas, loza, calabazos, cordeles y lazos, y un largo etcétera.

Pero no sólo el consumo rural cotidiano del campesinado se satisfacía con esos productos; también tenían otro tipo de importancia comercial si nos percatamos que *gran parte de esa producción servía como embalaje*; eran productos suplementarios, pero indispensables, para la economía hegemónica, es decir, para la producción y distribución relacionada con las urbes y las empresas protoindustriales. Los costales de ixtle llamados “maiceros”, por ejemplo, eran necesarios para transportar por todo el reino el alimento esencial para la vida de hombres y animales. La magnitud de esta producción debió ser grande, pero faltan estudios al respecto. ¿Eran los mismos costales que requerían los que abastecían a ciudades y empresas de leña y de carbón?, y ¿quién producía la apabullante cantidad de sogas, cables y cordelería que requerían minas y naves en la Nueva España? y ¿quién los miles de costales elaborados de cueros para la minería? Observamos así que el tema de los proveedores de productos suplementarios a la economía hegemónica y de los empaques de las mercancías que se elaboraban, debe atenderse por parte de los historiadores. En el caso de los embalajes, que están íntimamente ligados al crucial tema del transporte: se trata *del punto de articulación entre esa pequeña economía de “menudencias” y la economía hegemónica*. Así, por más secundaria y casi anecdótica que parezca estudiar la

producción rural de estas mercancías, se trata de un mundo del trabajo digno de atenderse si se quiere obtener un panorama más completo de la economía novohispana.

Recapitulando sobre el tema de los oficios rurales y sobre lo que tenían en común las dos especializaciones brevemente estudiadas, vemos que eran “oficios de medio tiempo”, combinados, generalmente, con la agricultura, pero de igual manera con la pesca, la recolección o la cacería. Fundamental fue la adaptación al medio ambiente y, sobre todo, a las temporadas alternantes de lluvia y secas.

En relación con su lugar de trabajo, podemos enfatizar que su “taller” era su casa o su patio, así como el lugar donde podían adquirir la materia prima, recolectarla o elaborar el producto. Además, como todos los demás productores, su labor se daba en un contexto social local del que dependía el especialista. Así, requería el apoyo familiar para ciertos trabajos y sin duda los hijos eran iniciados muy tempranamente en el trabajo especializado del padre. También requerían, como se ha dicho, del apoyo de otros oficios que los proveían. La comercialización de sus productos dependió con frecuencia de intermediarios por falta de movilidad y medios económicos de los productores. Los estudios de los mercados pueblerinos a fines del siglo XVIII muestran la importancia de los “introdutores” o comerciantes viandantes a los mercados regionales.³⁰

Una característica común de los oficios rurales similares a los estudiados en este trabajo era que no se les consideraba de importancia económica o política pues, desde el punto de vista hegemónico, sólo producían objetos de poco valor y no se vigilaban, en contraste con otros. Como documentan los estudios sobre la gente de mar, los oficiales “de la pluma” o sobre los religiosos del arzobispado en este volumen, existían reglamentos específicos para distintos grupos de oficios. De la misma manera, la mayoría

³⁰ Sobre varios mercados regionales a fines del siglo XVIII, *vid.* Antonio Escobar Ohmstede, Víctor Gayol *et al.*, *Indígenas y comercio en la Nueva España del siglo XVIII (Ixmiquilpan, Guadalajara, Huasteca potosina, Tehuantepec, Tulancingo, Tlaxcala)*, México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2012; Ohmstede *et al.*, *Indígenas y comercio*, 2012.

de los oficios de artesanos ciudadanos, organizados por gremios, contaban con ordenanzas, como lo ha documentado una extensa bibliografía. Es decir, el Estado español vigilaba de manera muy estricta la seguridad de los reinos y del Imperio, del transporte de tropas, dineros públicos y mercancías, controlaba la producción de armas o recursos estratégicos, velaba por la salud de la población y, claro está, sobre todo, por “la vida en policía”, el comportamiento ideológico-religioso y social.

A diferencia de esto, por lo general los oficios en el medio rural no estuvieron en la mira de las autoridades. Así, en contraste con las “artes mecánicas” y los oficios ciudadanos, cuyas actividades estaban claramente descritas, jerarquizadas, definidas y limitadas por el Estado y sus agentes, el trabajo manufacturero realizado por indígenas pueblerinos y por habitantes de cuadrillas, rancherías y pequeños talleres domésticos en el medio rural no fue objeto de la vigilancia de ninguna autoridad en el periodo colonial. Sus productos no tenían un valor comercial de interés para la Real Hacienda, ni militar o estratégico para la seguridad de la sociedad en términos generales. En los casos esbozados en este estudio, los habitantes recolectaban miel de abeja *melipona* sin preguntar a nadie, y los jicareros cultivaban los guajes y los convertían en vasijas pintadas de manera sofisticada sin control estatal. Contaban con los conocimientos transmitidos de manera oral por generaciones y con la experiencia que en sus regiones se había acumulado por siglos. Esto no significa que no estuvieran a merced de conflictos locales, de ciertos vaivenes del mercado, pero *la manera de producir*, la misma actividad laboral, no seguía reglas escritas o reglamentos formales.

Hay que subrayar, para finalizar, que el trabajo especializado de los oficios estudiados estaba adaptado, de manera fundamental, al ciclo agrícola y determinado de manera inexorable por las temporadas alternantes de lluvia y secas. Así, de manera similar a otras latitudes, donde el contraste entre el verano/otoño y el invierno determinaba la vida campesina (el primero dedicado al cultivo y las cosechas, el segundo a la fabricación de artesanías), en la Nueva España el cambio de las dos estaciones fundamentales de lluvia y secas dictaba a la vida campesina la

manera de organizarse para, por un lado, procurar la supervivencia familiar y el pago de impuestos y, por otro, el ejercicio de un oficio.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENAS, Pedro de, *Vocabulario manual de las lenguas castellana y mexicana, edición facsimilar de la publicada por Henrico Martínez en la Ciudad de México, 1611*, estudio introductorio de Ascensión H. de León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- BARRET, Elinore M., *La cuenca del Tepalcatepec. Su colonización y tenencia de la tierra*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975.
- CARRERA STAMPA, Manuel, *Los gremios mexicanos. La organización gremial en Nueva España 1521-1861*, México, Iberoamericana de Publicaciones, 1954.
- CASTRO GUTIÉRREZ, Felipe (coord.), *Los indios y las ciudades de Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- , *Historia social de la Real Casa de Moneda de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
- Descripción del Arzobispado de México, hecha en 1570 y otros documentos*, edición de Luis García Pimentel, México, José Joaquín Terrazas e Hijas, Impresores, 1897.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, Víctor Gayol, Laura Gómez Santana, Laura Machuca Gallegos, David Navarrete Gómez, Verénice Ramírez Calva, *Indígenas y comercio en la Nueva España del siglo XVIII (Ixmiquílpan, Guadalajara, Huasteca potosina, Tehuantepec, Tlaxcalingo, Tlaxcala)*, México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2012.
- GÓMEZ SANTANA, Laura G., “Un bosque para una ciudad. Demanda comercial y conflictos por el uso de propiedad de los bosques en la región de Guadalajara, siglo XVIII”, en Escobar Ohmstede, Gayol, Gómez Santana, Machuca Gallegos, Navarrete Gómez y Ramírez Calva, *Indígenas y comercio en la Nueva España del siglo XVIII (Ixmiquílpan, Guadalajara, Huasteca potosina, Tehuantepec,*

- Tulancingo, Tlaxcala*), México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2012, p. 143-171.
- HENDRICH, P. R., “El cultivo de abejas indígenas en el estado de Guerrero” en *El México Antiguo*, t. V, n. 11, diciembre, México, [s. e.], 1941, p. 365-373.
- HERRERA, Carmen y Marc Thouvenot, “Tributarios en la escritura indígena de la Matrícula de Huejotzincó”, *Dimensión Antropológica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, v. 65, 2015, p. 125-161.
- Informe del Arzobispo de México al Consejo de Indias, 1556*, publicado junto a la Descripción del Arzobispado de 1570 por Luis García Pimentel, México, José Joaquín Terrazas e Hijas, Impresores, 1897.
- LÓPEZ MORA, Rebeca “Entre dos mundos. Los indios de los barrios de la Ciudad de México. 1550-1600”, en Felipe Castro Gutiérrez (coord.) *Los indios y las ciudades de Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 57-77.
- MARTÍNEZ ZULOAGA, Efraím y Una Canger *El trabajo de jícaras en Acatlahuaya*, Copenhague, Dinamarca, Frederiksberg Bogtrykkeri A/S, 2015.
- Matrícula de Tributos. Museo Nacional de Antropología e Historia, México, cod. 35-52*, F. Berdan y J. Durand (eds.), Akademische Druck und Verlagsanstalt, Graz, Austria, 1980.
- MENDOZA CERÓN, Isaías y Una Canger, *In tequil de morrales. El trabajo de morrales*, Copenhague, Bianco Luno A/S, 1993.
- MENTZ, Brígida von, *Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España*, Porrúa, México, 1999.
- , *Cuauhnáhuac 1450-1675, su historia indígena y documentos en mexicano*, México, Porrúa, 2008.
- , *Señoríos indígenas y reales de minas en el norte de Guerrero y comarcas vecinas. Etnicidad, minería y comercio. Temas de historia económica y social, del Periodo Clásico al siglo XVIII*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/ Juan Pablos Editores, 2017.

- NOVELO, Victoria (comp.), *Artisanos, artesanías y arte popular en México. Una historia ilustrada*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2007.
- PREM, Hanns (ed.) *Matrícula de Huexotzingo*, Graz, Austria, Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1974.
- Relaciones geográficas del siglo XVI. México*, 2 v., René Acuña (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985-1986.
- Relaciones geográficas del siglo XVI. Oaxaca*, 2 v., René Acuña (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985-1987.
- Relaciones geográficas del siglo XVI. Tlaxcala*, 2 v., René Acuña (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985-1987.
- REYES GARCÍA, Luis, Eustaquio Celestino Solís, Armando Valencia Ríos, Constantino Medina Lima, Gregorio Guerrero Díaz, *Documentos nauas de la Ciudad de México, siglo XVI*, México, Archivo General de la Nación/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996.
- ROJAS RABIELA, Teresa, Elsa Leticia Rea López, Constantino Medina Lima, *Vidas y bienes olvidados. Testamentos indígenas novohispanos*, v. 1, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1999.
- ROSKAMP, Hans, *Los códices de Cutzio y Huetamo. Encomienda y tributo en la tierra caliente de Michoacán*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, 2003.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1956.
- SÁMANO DÍAZ, Gerardo, *Efraín Martínez, El Jicarero. Historia de vida de un personaje legendario. Artista popular, gestor del municipio Gral. Canuto A. Neri y cronista local*, Chilpancingo, Guerrero, Secretaría de Asuntos Indígenas, 2008.
- SUÁREZ ARGÜELLO, Clara Elena, *Camino real y carrera larga. La arriería en la Nueva España durante el siglo XVIII*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997.
- Suma de visitas de los pueblos por orden alfabético. Manuscrito 2.800 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Anónimo de la mitad del siglo XVI*



(Contiene la “Relación de los pueblos que visitó Gaspar Xuarez”), en *Papeles de Nueva España*, publicados por Francisco del Paso y Troncoso, Segunda Serie Geografía y Estadística, t. I, Madrid, Establecimiento Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1905.

TORRES, Bárbara, “Las plantas útiles en el México antiguo según las fuentes del siglo XVI”, en *Historia de la agricultura. Época prehispánica-siglo XVI*, Teresa Rojas Rabiela, William T. Sanders (eds.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, v. 1, p. 53-128.